

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

Paquete de 30 ejemplares 1'00 peseta
 Suscripción: España un trimestre. 1'00
 Extranjero 1'50

Contra el monstruo

En todas las edades los pueblos tuvieron un enemigo que fieramente atentó contra sus libertades, y si éstos alguna vez quisieron recabar algo, fué empleando la fuerza, el arma suprema de las revoluciones.

La humanidad, al través del tiempo, bajo todos los sistemas, bajo todas las formas gubernamentales, fué la víctima de ese monstruo que tiene cabeza de oro, pecho de plata, piernas de bronce y pies de barro, y que se llama Estado.

El Estado, ayer como hoy y siempre, fué el conculcador de todas las libertades inherentes al hombre; él ha hecho degradar al ser humano; él lo condujo al nivel de paria, extendió la desgracia por la tierra, haciendo de los individuos un conjunto de ilotas, una recua de carneros que precisan de un pastor que los dirija porque son huérfanos. La vida, esa madre magnánima y buena, huye de ellos porque ella goza con hombres enteros, con todos sus atributos naturales, morales y físicos.

Después de dieciocho siglos de decadencia del hombre, por obra de la peste que el cristianismo con su ala de muerte extendiera por el mundo—después de haber barrido hasta los últimos vestigios del paganismo con su exaltación de la vida, por medio de la ciencia y del arte, trajo la perpetuación de una noche eterna sin crepúsculos y sin auroras, sin luz y sin savia, sin amor y sin dicha, haciendo á todos los hombres infelices—surgió aquella gran Revolución que influncionada por la Reforma aplastaría todo el imperio bárbaro que tuvo por cuna la Edad Media. Y crearía la felicidad del hombre, haciéndolo libre como el sol, como el aire y como la misma vida.

La Revolución francesa no libertó al hombre; por el contrario, lo hizo más esclavo, legisló su esclavitud y lo ató al carro del Bocerro de Oro. Aquella revolución, que ha hecho correr mares de sangre, que amenazaba con su terror barrerlo todo, no fué más que el complemento de aquella otra del cristianismo. Este y la democracia diéronse la mano para detener el avance de aquellas ideas que al comps del estruendo de los cañones y del ruido de las viejas cadenas rotas hacían vibrar Marat y Babeuf para que el pueblo partiera el corazón á puñaladas á aquella hembra procaz que luego se llamó la burguesía, sucesora de la nobleza.

Pero á pesar de todo el con nubio de esas dos fuerzas reaccionarias, las ideas que los brissotinos sostuvieron en un principio se abrieron camino y marcharon hacia su fin.

Aquel sacudimiento señaló nuevos horizontes y preparó á los pueblos para nuevas cruzadas... Y fué el socialismo.

Desde entonces se reconoció que el pueblo no adquiriría su libertad si no se emancipaba económicamente. Pero aquellas ideas no tenían una fuerza propia, porque «vivían de las migajas de la anterior revolución». Fué preciso que un nuevo Lázaro surgiera para darle una savia que no tenían. Y surgió Bakounine, que de allá de la Estepa traía todo un volcán para lanzarlo sobre Europa. Esta fué incendiada y los pueblos reconocieron que aquel Lázaro que venía armado de punta en blanco era el faro de la revolución.

Desde entonces empezó una nueva era, era de peleas y de luchas que presagiaron la caída de todos los poderes viejos que viven del ayer, sin conocer el mañana.

Aquellas luchas tienen hoy su complemento. El anarquismo, para dejar de ser una utopía, tuvo que abrirse camino por entre rocas, barrenando y haciendo saltar en mil pedazos los obstáculos que impedían su paso. Cuando éste tenía ya su personalidad, ganada á hierro y fuego, el Estado, ese monstruo, esa culebra venenosa que todo lo emponzoña, se paró en medio del camino, y desde entonces la pelea fué más formidable. Al período terrorista de 1894-96 surgió el período de organización; los Pelloutier, Tortolier, Pouget y otros prepararon una fuerza nueva: el sindicalismo con orientación anarquista.

Hoy frente á frente están dos enemigos formidables. Hay una muralla; de un lado está el Estado con todos los sostenedores

del régimen vigente; del otro están sus enemigos los revolucionarios, los anarquistas. ¿Quién triunfará?

El monstruo está herido de muerte desde que los empleados de correos, telégrafos y teléfonos de Francia se lanzaron á la lucha, y ésta es contra el Estado, contra el principio de autoridad. Y en esta lucha hay que jugarlo todo, es necesario aplastar á la hiena, que representa la muerte, para que concluya su reinado.

Es la hora; ¡pueblo!, apréstate, que la campana está tocando á rebato; es el toque de somatén que como un himno te anuncia la victoria futura.

El Estado vivió muchos siglos y constantemente persiguió, mató, fué el enemigo de la libertad y de la vida. Nacido para detener el progreso, no evoluciona nunca, es rutinario, siempre está con el ayer; él quería armonizarse con la época, pero su estructura se lo impide...

La Francia en estos momentos se está jugando el porvenir del mundo. Ese movimiento que hoy es solamente de la dependencia de correos, telégrafos y teléfonos, mañana se transformará en un movimiento general revolucionario de todos los trabajadores; lo necesario en esta emergencia es aprovechar el momento, pues éste nos puede conducir al triunfo.

Clemenceau debería saber que se juega en este momento la vida de la República, pero su orgullo le detiene, él no quiere dar la razón á los revolucionarios. No importa; la revolución le hará comprender y entonces ya será tarde.

Después que el obstáculo haya desaparecido, los pueblos seguirán su marcha hacia el punto final, esto es, hacia la Anarquía.

ANTONIO LOREDO

Clemenceau-Lerroux

ó Lerroux-Clemenceau

A los trabajadores que, teniendo oídos, no oyen, teniendo ojos, no ven, y, por tanto, no se enteran de que en Francia está en el poder el partido republicano radical, dirigido por Clemenceau—que ha de ser una especie de Lerroux francés, puesto que se ha dicho que Lerroux es una especie de Clemenceau español,—recomendamos la lectura de las noticias graves que vienen de París, donde los empleados de correos, telégrafos y teléfonos, explotados por una burguesía que se llama República Francesa, están en huelga, dando á los trabajadores que emplean sus energías emancipadoras en votar á Lerroux ó las candidaturas lerrouxistas motivo para escarmentar prudentemente en carne ajena.

No recogeré los detalles de la huelga por falta de tiempo; los lectores pueden enterarse de ellos por la prensa burguesa, haciendo, por supuesto, un cálculo de probabilidades para descartar las falsedades encaminadas á desviar la opinión; mi objeto es aprovechar la ocasión para inculcar en el entendimiento de los trabajadores ofuscados por el lerrouxismo algunas verdades importantes.

En Francia el Lerroux francés tiene en su poder el *Journal Officiel*, que es lo que el Clemenceau español pedía cuando dijo que su radicalismo aspiraba á «la posesión de la Gaceta en que puedan promulgarse decretos de inmediata y posible realización». Y el tal Lerroux-Clemenceau, presidente del Consejo de ministros y *meneur* de la mayoría de la Cámara, ha hecho publicar en la Gaceta francesa, no un decreto-promesa electoral, sino este acuerdo de gobernanante que con una mano empuña las riendas y con la otra el látigo:

«La Cámara, DECIDIDA A NEGAR EL DERECHO DE HUELGA A TODOS LOS FUNCIONARIOS... confiando en el gobierno... pasa á la orden del día.»

Cuando se elabora un programa, y se hacen pujas en la subasta del prestigio popular nada cuesta decir que «la revolución por la fuerza ha de tener trascendencia en las calles, y la acción en las calles ha de tener su trascendencia en la Gaceta...» como dijo un día Lerroux-Clemenceau en la Casa del Pueblo, pero en la práctica ved cómo Cle-

menceau-Lerroux niega á unos asalariados el derecho de huelga, y cómo despide á centenares empleados huelguistas.

A los trabajadores que, por dejar de ser hombres para ser femeninos enamorados de un hombre, de buena gana llamaría clemencistas-lerrouxistas ó lerrouxistas-clemencistas si el nombre no resultara tan largo, tengo el gusto de enseñarles esa muestra real y positiva de la transformación que sufren en el poder las promesas republicano-radicales de la oposición.

Y si después de tan útil lección de cosas siguen siendo lerrouxistas y pierden vergonzosa y lastimosamente el tiempo y la energía en aumentar los callos de las manos con los aplausos, sírvanse leer eso:

Allarán bien los obreros desconfiando de la novísima filantropía de sus tiranos. Su emancipación no deben esperarla sino de ellos mismos, de su propio esfuerzo. Todos los redentes personales acaban en dioses si mueren ó en tiranos si viven; todo es tiranía...

Si es propagandista de la tiranía política, nos habla de constituciones, de leyes, de sufragios, de democracia, de república, de todo eso que pone en manos del proletariado armas inútiles, actas de concejales, de diputados, voto, derecho de juzgar, pero no la independencia económica, no la República humana donde la ley se atrofie por innecesaria y la autoridad se extinga por inútil y la autonomía individual sea sagrada y sagrado el derecho á la vida.—ALEJANDRO LERROUX.—Progreso, Madrid, 4 marzo 1909.

«La misma razón tiene miedo. El buen sentido se abisma. La verdad se oculta. La justicia y la libertad carecen de refugio. Y en tal situación los insensatos y los furiosos son los amos y reinan por la amenaza y por el estruendo sobre las almas aterrorizadas. Los ministros sólo tratan de obedecer al más fuerte, ingeniándose para extremar el servilismo y la hajeza. Los parlamentarios están dispuestos á hacer todas las mayorías necesarias contra el derecho y la equidad. El miedo gobierna. La cobardía manda. La derrota reina.»—CLEMENCEAU.—De L'Aurore, 20 enero 1909.

Si con todo eso los trabajadores republicanos lerrouxistas no se desengañan y vuelven á la razón, sepan que hacen deplorabilísima faena y contraen gravísima responsabilidad, porque remachan las cadenas de su esclavitud y dificultan, más que los burgueses explotadores, la buena labor, la labor emancipadora de los trabajadores conscientes que impulsan la acción de solidaridad sindicalista y la propaganda del ideal anarquista.

ANSELMO LORENZO

¡Viva la Revolución!

El importante movimiento obrero francés trae á nuestros labios este grito, que podrá ser todo lo subversivo que quieran los partidarios del *statu quo*, pero que es el único que sentimos, el único que debemos preferir los explotados y oprimidos del mundo.

El pueblo francés, en cuya historia están escritas con letras de oro las fechas 1789-93, 1848, 1871, está avocado á producir luchas cuya fecha debe ser inscrita no solamente en la suya, sino en la historia de todos los pueblos que, llamándose civilizados, sufren sin sensible diferencia el peso de la barbarie autoritaria, de la rapaz explotación y de la odiosa injusticia.

La huelga de comunicaciones puede acarrear, y confiamos acarreará, serios trastornos de carácter social, único que deben tener todos los movimientos populares.

Cuando un gobierno compuesto de republicanos radicales y socialistas, presidido por el semi-anarquista Clemenceau, atropella tan descaradamente á un pueblo relativamente consciente, la revolución asoma á las puertas del podrido régimen burgués.

No dudamos que, llegado el momento de franca rebeldía, el pueblo tendrá constantemente ante su vista la experiencia que se desprende de los hechos de la *Commune*, que deseará trasnochados lirismos y marchará resuelta y directamente á la conquista de sus derechos, á la expropiación con todas sus consecuencias; pero antes y entonces es preciso que el proletariado de España, como el de los demás países, se prepare á la lucha seria, á la lucha que destruye, que derrumba organizaciones, que destruye tiranías y tiranos; lucha en la que el primero y mayor enemigo es aquel que quiere organizarla, para, apoyando franca y resueltamente al proletariado francés,

impedir otro vil y enorme asesinato como el de la semana sangrienta; y de común acuerdo é inteligenciados los obreros de los diferentes países, echemos los cimientos sobre que debe asentarse la sociedad igualitaria y justa.

Es, pues, el momento presente de preparación para la lucha, el más oportuno para gritar en forma que llegue al corazón de todos los esclavos modernos.

¡Viva la Revolución!

En el Anarquismo está la razón de afirmarse, de vivir, de combatir en todas las manifestaciones de la vida.

De vivir su vida sin ninguna restricción, de afirmarse con sus conceptos audaces imponiéndose á la gleba hostil; de combatir contra todo á la luz de una idea toda suya.

Luego vibra en una manifestación de fuerza y grita en un urlo de dolor, puede tentar audazmente su triunfo en una conquista y transformarse en un incendio de rebelión.

Es la Anarquía dominadora en la realidad de la vida humana, cuando se entiende por *vida* la oculta potencia natural, fuertemente sana, instintivamente hacia el bien, hacia la verdad y la belleza como una llama libertadora... Y ya que la vida social es un conjunto de hipocresías y de vergüenzas, de injusticias y de tiranías, la idealidad anarquista se revela entre los hombres como una enemiga formidable de la existencia convencional de la sociedad contemporánea.

Para seguir su marcha, para afirmarse, no puede conceder tregua. La invasión de su savia avanza á cada minuto, penetra en todos los organismos, agita todas las almas... Hasta sus enemigos la reconocen y la temen. Es la fuerza viva y combatiente de la colectividad en acción, en la luz intelectual del individuo que sabe con su pensamiento comprender y discutir el pensamiento de otros; del hombre consciente, de aquel que odia, que quiere y que ama. Reune en la sístesis lúcida y lógica los más apuestos sentimientos, respondiendo sin vacilantes incoherencias, fortificada por la esencia interna y externa; ama y odia, lucha y sueña, destruye y edifica, y de frente á todas las hostilidades y á todos los obstáculos se prepara á la batalla y pasa á la victoria.

Se afirma y vencerá con el grito y con la acción del pueblo en tumulto; con la potencia del pensamiento del filósofo que estudia y resuelve los problemas humanos; con el correr del tiempo, siempre, inevitablemente hacia el progreso. El punto final es la libertad, una meta alta, altísima. El ideal anarquista no se simboliza en una bandera, porque no podrá clavarla en la última conquista; una gloria requiere otra gloria, una victoria otra victoria mayor... Y si los anarquistas pueden hacer una bandera por la necesidad estética que crea el himno y la agita como un símbolo, la idea de la Anarquía se liberta del simbolismo y se transforma en un hecho, en una realidad; se hace visible en un acto heroico, en una manifestación de rebeldía, en una palabra: cl *¡Germinal!* de Angiolillo, en un derramamiento de sangre proletaria sobre el polvo del camino, en un canto de victoria que se elevará un día...

(De la Revista Anarchica, Milán.)

A los paqueteros y corresponsales

Estimaremos que cuantos tengan números sobrantes del número 3 de ACRACIA, nos los envíen, para poder servir los pedidos que de otros puntos nos hacen.

A los que nos escriben quejándose de no recibir dicha Revista, es que no leyeron lo publicado dando cuenta de vernos obligados á suspender la publicación por no poder sufragar los gastos que aquella nos ocasionaba. No obstante, dentro de poco tiempo reanudaremos la publicación de ACRACIA con mejoras que tenemos en estudio.